

LIC
199

EL FESTIN DE BALTASAR.

ROMANCE BÍBLICO.



I.

De ser verdad que á los grandes
la verdad siempre es odiosa,
no pudiera hoy, lector bueno,
pintarte mi pluma tosca,
Que hubo un rey allá en la Asiria,
que segun cuenta la historia,
en medio sus estravíos
no hizo enmudecer la boca.
Que la verdad descarnada
no revistió con la sombra
de la adulacion mentida
cobarde, vil y asquerosa.
Si aquel grande fué pequeño

en ocasiones notorias,
en esta, grande y muy grande
nos le muestra la memoria
De un hecho, que le enaltece
y que sorprende y asombra
al que conoce su vida
insensata y crapulosa.
Y es que si un charco de cieno
lector benévolo agotas,
y filtras el barro inmundo
pasadas no muchas horas,
Agua hallarás cristalina
por lo poco algunas gotas;

18076

tan limpia, pura y diáfana
 cual la que la fuente brota,
 Entre yerbas odoríferas
 allá en la pendiente loma
 que al manantial puro ofrece
 lecho de quebradas rocas.
 Así en el alma del hombre
 de Dios hechura preciosa
 siempre queda un puro gérmen
 que en el mar del mundo flota
 A merced de las tormentas
 cual la leve errante boya;
 así este gérmen que ocultan
 á veces las rudas olas

Del vicio, en mil ocasiones
 sobrenada, y magestuosa
 su marcha decir parece
 á los ojos que lo notan:
 Yo soy la esencia purísima
 del mortal, que si desflora
 iluso malas pasiones
 tiende en el fondo á la gloria;
 A la gloria do reside
 Aquel que nunca abandona
 al que siquier un instante
 arrepentido le invoca,
 y es su último suspiro
 una oracion fervorosa.

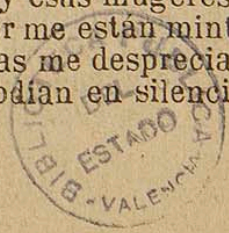
II.

Sitiada está Babilonia
 por los pérsas y los medos
 que ya piensan asaltarla
 tal la estrechan en el cerco.
 Sitiada está Babilonia
 y de la noche los velos
 la envuelven cual un sudario
 de crespon tupido y negro.
 No brilla una sola estrella
 en el turbio firmamento;
 todo yace en triste calma,
 todo reposa en silencio.
 Todo no, que en un palacio
 palacio esplendente y régio
 se oyen músicas sonoras
 y cantares placenteros.
 Que en una cámara estensa
 del palacio, con estruendo
 un festin llevan á cabo
 Baltasar y sus adeptos.
 Baltasar, rey que no cuida
 de la dicha de su pueblo,
 Rey que un Dios se cree altivo
 y á Dios ofende soberbio.

Rey que en mil torpes orgías
 iluso malgasta el tiempo
 sin atender para nada
 al cuidado de su reino.
 Rey á quien sirve una turba
 de cortesanos rastrosos,
 de mugeres depravadas
 de servidores abyectos.
 Rey que no da á sus vasallos
 de la virtud el ejemplo,
 y si en público le acatan
 le aborrecen en secreto.
 Rey, en fin, á quien no teme
 ningun monarca estrangero,
 y á los que tan solo inspira
 la compasion ó el desprecio.
 Y de sus súbditos logra
 no el cariñoso respeto,
 sí la adulacion ignoble
 sugerida por el miedo.

Sobre mullidos cojines
de la cámara en el centro
está Baltasar tendido
cabizbajo y macilento.
Frente de él hay una mesa
adornada con extremo,
y que rodea gran número
de sumisos palaciegos.
Muchas mugeres se notan
confundidas entre ellos;
mugeres cuya mirada
destella un impuro fuego.
Es la cámara suntuosa:
las puertas de rico cedro,
y de la propia madera
entallado el alto techo.
Preciosas incrustaciones
de metales de alto precio
brillan entre las maderas
esculpidas con esmero.
Altas columnas de pórfido
completan el ornamento
con bellas fuentes de mármol
y costosos peveteros.
No matizados tapices
alfombran el pavimento
que una capa de oro en polvo
lo recubre por completo.
Lámparas se ven de plata
lanzando dulces destellos
entre pantallas vistosas
que velan sus rayos trémulos.
Leve, melodiosa y vaga
cual el suspiro del céfiro
se escucha grata una música
de la cámara á lo lejos;
Y de vez en cuando cesa
y en el salon con estruendo
resueñan los atambores
y guerreros instrumentos.
Cánticos se oyen bravíos,
entusiastas y guerreros
que de sus notas potentes
pueblan los sonoros ecos;
Y despues las tiernas liras
lanzan melódico acento
á que se mezclan las flautas
con el suyo plañidero;

Y á su compás las esclavas
danzando en giros aéreos
lucen sus trajes lujosos
y sus talles hechiceros.
El rey en tanto abismado
con la barba sobre el pecho
nada mira, nada escucha
taciturno y macilento:
Ballen en su fantasía
los mas tristes pensamientos,
todo en redor lo vé lúgubre,
todo lo contempla tétrico.
Sobre su traje de púrpura
flotan sus largos cabellos
de perfumes saturados
y en rizos cayendo sueltos.
Ricas sandalias encierran
su pié carnoso y pequeño;
y un collar de oro y brillantes
se ciñe en torno su cuello,
Mas sus ojos fatigados
todo lo ven con desprecio,
que no llenan, no, ay! el alma
las joyas que ornan el cuerpo.
Y meditando aburrido
de pesar y angustia lleno
se dice con ironía
presa de amargo despecho:
Baltasar: cuanto contemplas
es obra del fingimiento,
todo es mentiroso engaño
lo que ante mis ojos tengo.
Esos perfumes que queman
en mi torno, los acentos
de las acordadas músicas
y esas danzas que contemplo,
¡Ay! son obra de estos locos
que tal vez me juzgan necio
al pensar que su bajeza
tomo yo por dulce afecto:
Cual de todos si me viera
pobre, triste y prisionero
«llevaría hasta mi cárcel
«una dádiva un consuelo...
«¡Ninguno! y esas mugeres
«que su amor me están mintiendo
«tal vez todas me desprecian
«y aun me odian en silencio.



«Nadie la verdad me dice,
 «quizás conspiran arteros,
 «y están cavando mi fosa
 «al compás de estos festejos.»
 Y alzando la altiva frente
 los ojos fué revolviendo,
 todos bajaron los suyos
 y él exclamó de ira lleno;
 Miserables, veis sin duda
 que estoy bien claro leyendo
 en vuestras almas traidoras
 recónditos pensamientos:
 Todos me odiais alevosos
 estareis mi ruina urdiendo,
 pero ¡ay! de vuestras cabezas
 si vuestros planes penetro.
 Así exclamó el rey airado
 erguido sobre su asiento
 con la mirada candente
 con ademán descompuesto.
 Los cortesanos humildes
 balbucientes profirieron
 algunas breves excusas
 con acobardado acento.
 Y Baltasar serenándose
 se tendió otra vez de nuevo
 y una loca carcajada
 brotaron sus labios secos.

Después con voz mal segura
 dijo y con acento hueco
 que se perdía fatídico
 cual quejumbroso lamento.
 —Quemad en mi honor perfumes
 vasallos que yo engrandezco;
 yo soy el rey, festejadme
 con música, danza y fuegos.
 Siga el festín y estas copas
 otra vez ya no llenemos,
 para brindar á mi gloria
 otros vasos ora quiero.
 Nabucodonosor trajo
 otros vasos que conservo
 y en Jerusalem usaban
 en su saqueado templo.
 Pues mi padre conquistólos
 de su victoria el trofeo
 justo es que luzca del hijo
 en los festines espléndidos.
 Traed los vasos sagrados
 del Salomónico templo
 y á mi gloria y mi ventura
 brindad vasallos con ellos.
 Tal blasfemia proferida
 se calló el rey satisfecho,
 sin pensar que su castigo
 ya fulminaban los cielos.

III.

Toma reposo un instante
 pobre pensamiento mio
 que enlutan tristes memorias
 que rechazo estremecido.
 Toma reposo un instante
 lira que con desaliño
 cantas de tiempos pasados
 los sucesos inauditos.
 Y tú, Baltasar soberbio
 rey cobarde y hombre impío,

aduérmete de tus fiestas
 al melódico sonido.
 Entrégate á los placeres
 blasfema de Dios altivo,
 pero la hora se acerca,
 la hora de tu castigo.
 Cual leve arista que arrastra
 impetuoso torbellino
 á tí te llevan envuelto
 los mas repugnantes vicios.

Pretendes á cada instante
 demostrar tu poderío
 y ¡ay! infeliz que no puedes
 ser dueño ni de tí mismo.
 Iluso tras mil placeres
 vas corriendo con ahinco
 y es tu verdugo implacable
 el desapiadado hastío.
 Y como flor encerrada
 en el angosto recinto
 del cálico invernadero
 así vives escondido;
 Y así cuando grande quieres
 mostrarte hasta lo infinito,
 vives del mundo ignorado
 pasas desapercibido.
 ¡Ay de tí cuando despiertes
 de esos ensueños mentidos,
 ay de tí desventurado,
 rey cobarde y hombre impío.
 Del festin siguió el estruendo
 siguió creciente el bullicio,
 Baltasar siguió aburriéndose
 cabizbajo y pensativo.
 Diz que los vasos preciosos
 que de Jerusalem sustraídos
 por el padre del rey fueron
 llenó el espumoso vino.
 Y diz que en escarnio loco,
 con alarde torpe y cínico
 profanó el blasfemo lábio
 aquellos vasos benditos.
 Mas Baltasar de repente
 quedó con los ojos fijos
 en un muro de la cámara
 que se ñaló estremecido.
 Todos hácia allí miraron
 y vieron despavoridos
 una mano que escribía
 ciertos misteriosos signos.
 Por fin se ocultó la mano
 y al examinar lo escrito
 tres palabras vieron todos
 en caracteres rojizos.
 El rey las leyó en voz alta;
Mane, Thecel, Phares, dijo,
 sin que nada comprendiera
 despues de haberlas leído.

— «A ver, gritó, mis astrólogos
 que vengan, los necesito;
 díganme de esas palabras
 el misterioso sentido.
 Y vinieron los astrólogos,
 y confesaron corridos
 que aquel idioma era
 para ellos desconocido.
 Ardió Baltasar en cólera
 mirando desvanecidos
 sus deseos, y á los sábios
 de allí arrojó enfurecido.
 Despues de esto quedó absorto,
 el semblante triste y lívido
 el pensamiento confuso,
 el corazon intranquilo.
 De vez en cuando sus ojos
 miraban signo por signo
 las palabras misteriosas
 y se callaba abatido.
 La voz del remordimiento
 con clamor rudo y horrísono
 sentía que retronaba
 sin cesar junto á su oído.
 Y ante un pasado de faltas
 de impurezas y de vicios,
 veía avanzar medroso
 un porvenir de castigos.
 Marinero que cruzaba
 bellos mares de zafiro
 arrullado por las brisas
 sin norte ni rumbo fijo;
 Marinero que al balance
 de su buque adormecido
 no piensa en rudas borrascas
 al mirar los cielos límpidos.
 Y de Dios el nombre olvida,
 y se yergue embravecido,
 sobre el inmenso Océano,
 que el aura riza tranquilo;
 Y sigue mar adelante
 satisfecho y engreído,
 sin que carene en el puerto
 el buque ya consentido;
 Ora mira que le amagan
 los celajes denegridos
 del huracan que se anuncia
 con desapacible silbo;

Y al volver la vista en torno
 el descuidado marino,
 ve la ola que le estrella
 contra inevitables riscos.
 Y con alma empedernida
 del infierno poseido
 entre blasfemia sacrilega
 lanza el último suspiro.
 De igual manera aquel rey
 fiero y ensoberbecido
 retar aun pretendia
 por vez postrera al Altísimo.
 Y alzándose de los muelles
 cojines, letal y erguido
 á damas y palaciegos
 miró con desprecio frio,
 Y con acento pausado
 sardónico é incisivo,
 díjoles, al punto quiero
 ver mis deseos cumplidos:
 Quiero saber lo que dice
 ese letrado rojizo.
 lo quiero y ha de cumplirse
 mi deseo al punto mismo,
 Y pues mis necios astrólogos
 descifrarlo no han podido,
 venga Daniel el hebreo
 y tal vez sabrá decírmelo.
 Casi al punto entró en la cámara
 modestamente vestido

un jóven en cuya frente
 brillaba un algo divino.
 «Daniel, dijo el soberano
 con tono el mas agresivo,
 tienes fama, segun creo
 de profeta ó de adivino.
 Apelo, pues, á tu ciencia
 y que me dirás confio,
 lo que esas palabras dicen
 que en el muro han esculpido;
 Una mano en mi presencia
 cuyo cuerpo no hemos visto,
 escribiólas hace poco
 y descifrarlas ansío.
 Si me sirves te prometo
 de oro un collar riquísimo,
 y de púrpura ostentosa
 darte completo un vestido.
 Y á mas serás en mi reino
 el tercero en poderío
 y como á tal desde luego
 te verás obedecido.
 Díme, pues, si es que lo sabes,
 si predicen mi destino
 esas palabras que turban
 mis constantes regocijos.
 Esto con sonrisa irónica
 Baltasar airado dijo
 mirando á Daniel airado
 que permaneció tranquilo.

IV.

Guardó Daniel un instante
 con faz serena silencio,
 y despues al rey hablóle
 con voz segura diciendo:
 «¡Oh rey! guarda tus presentes
 que bien sabes no los quiero,
 pues no ignoras que por nada
 me degrado ni envilezco.
 Pero mi Dios que es el único
 Señor del vasto universo
 me revela lo que pides
 y á decírtelo me avengo.

Nabucodonosor pudo
 de Dios airado instrumento
 avasallar con sus huestes
 muchas naciones y pueblos;
 Tú su poder heredaste
 pero iluso, torpe y ciego,
 eres oh! rey orgulloso
 impúdico y altanero.
 Hoy Babilonia ya toca
 de sus grandezas el término,
 que corrompida y viciada
 quiere castigarla el cielo.

Ya se ha llenado la página
de sus grandiosos sucesos
ora se eclipsa su estrella,
tras de nubarrones negros.
Mil desdichas la amenazan
que envia Dios justiciero
á tus impuros vasallos,
y perecerás con ellos.

Sí, que con torpe cinismo
insultando al Ser Supremo
has llegado ya á la cúspide
del vicio innoble y abyecto.

Sobre tu mesa manchada
tienes los vasos aquellos
que para el culto servian
de Salomon en el templo.
Y hoy con ellos se embriagan
tus damas y palaciegos
en estas fiestas impuras
entre cantos deshonestos.

Ha llegado tu cinismo
á lo increíble á lo horrendo
y mi Dios hoy te detiene
irritado y justiciero.

Contempla esos caracteres
tres frases en ellos veo
que tal y como deseas
á descifrarte me apresto.

Mane es una y significa
rey iluso y altanero
que los dias se han cumplido
de tu populoso reino.

Thecel que has sido pesado
de Dios en el justo peso,
y que muy falto te halla
la balanza del Eterno.

Y *Phares* que tus estados
desde este mismo momento
pertenecen divididos
á los persas y á los medos.

.
.
.
.

Calló Daniel y el monarca
con rostro grave y severo
los ojos fijó imponentes
en sus áulicos rastreros.

Todos aquella mirada
elocuente comprendieron
y sus pupilas fijaron
temerosos en el suelo.

Mirada de acusaciones
breve y sentido compendio,
mirada amenazadora
mirada de menosprecio

«Sí, Baltasar se decia,
«cabizbajo discurriendo
«de la verdad suenan gratos
«en mis oidos los ecos.

«Ella es torrente que arrastra
«entre sus olas el cieno,
«del remanso que á la vista
«muestra sus cristales tersos,
«Y al mísero que su efluvio
«aspira breves momentos,
«de sirve el agua estancada
«de mortífero veneno.

«¡La verdad! ruda tormenta
«que pasa en alas del cierzo,
«para dejar mas hermoso
«el diáfano firmamento.

«¡La mentira! es la sirena
«que allá en los mares inmensos
«con su cancion melodiosa
«turba al piloto inesperto;

«Y cuando vé ya su nave
«falta de rumbo y gobierno,
«la arrastra al fondo y devora
cuanto se encierra en su seno.

«Este hombre que ora me acusa
sin temor á lo que puedo,
«tal vez al verme en desgracia
«diérame apoyo sincero;»

Mas los otros que me adulan,
¡ay! claramente lo veo
cual al mísero apestado
me hicieran si nada tengo;

Y como el roble caido
si mi sombra no les presto
harán astillas del tronco
que les cobijara un tiempo.

.
.
.
.

Así el rey meditabundo
 estuvo algunos momentos,
 y Daniel le contemplaba
 con el semblante sereno.
 Los cortesanos en tanto
 se decían: «¿qué tormento
 «dará el rey á la osadía
 «de ese temerario hebreo.
 «La verdad en los palacios
 «nunca obtuvo grande aprecio,
 «y el lábio que la pronuncia
 «suele enmudecer bien presto;
 «Que la calumnia y la intriga
 «disponen del valimiento
 «y á su poder está todo
 «en los palacios sujeto.

.....
 Así altivos meditaban
 aquellos grandes pequeños
 cuyas mentes no brotaron

ningun digno pensamiento.
 Gusanos que se arrastraban
 cabe un relumbrante féetro
 á Babilonia dejando
 en el desnudo esqueleto.
 Mas el rey sus tristes ojos
 en su torno revolviendo
 así á Daniel el profeta
 dijo con noble respeto:
 Pues tal como te previne
 diste á mi orden cumplimiento
 tuyo es el traje de púrpura
 y el collar que darte quiero.
 Y desde este mismo instante
 de tu conducta por premio
 el tercer poder te nombro
 de mi dilatado imperio.
 Dijo, y mirando á los otros
 cejijunto y altanero
 se retirò pareciéndoles
 grande, mas que grande ¡inmenso!

V.

Entre celages de nieve
 lució la siguiente aurora
 que vió llegar entre lágrimas
 la soberbia Babilonia,
 Que ocultos en las tinieblas
 de la anterior noche lóbrega
 la poblacion invadieron
 del enemigo las tropas.
 Baltasar fué degollado
 por las huestes invasoras
 mas ¿quién sabe? es tan patente
 de Dios la misericordia,
 Que este poeta que os canta
 tan desaliñada trova,
 os repite: «Dios ampara
 á quien un punto le implora.»

Y pues oyó su sentencia
 sin que lanzara su boca
 ni blasfemia que la manche,
 ni pro esta mentirosa....
 Quién sabe si fué su dicha
 tanta que aquellas horas
 concedidas por el cielo
 le fueron espiatorias.
 Y tal vez horrorizado
 de su vida crapulosa
 fué su postrimer suspiro
 plegaria que el mundo ignora.
 Magnates, cuando os seduzca
 la depravada lisonja,
 recordad, pues os conviene
 cuál sucumbió Babilonia.

AGUSTIN LOBEZ.